

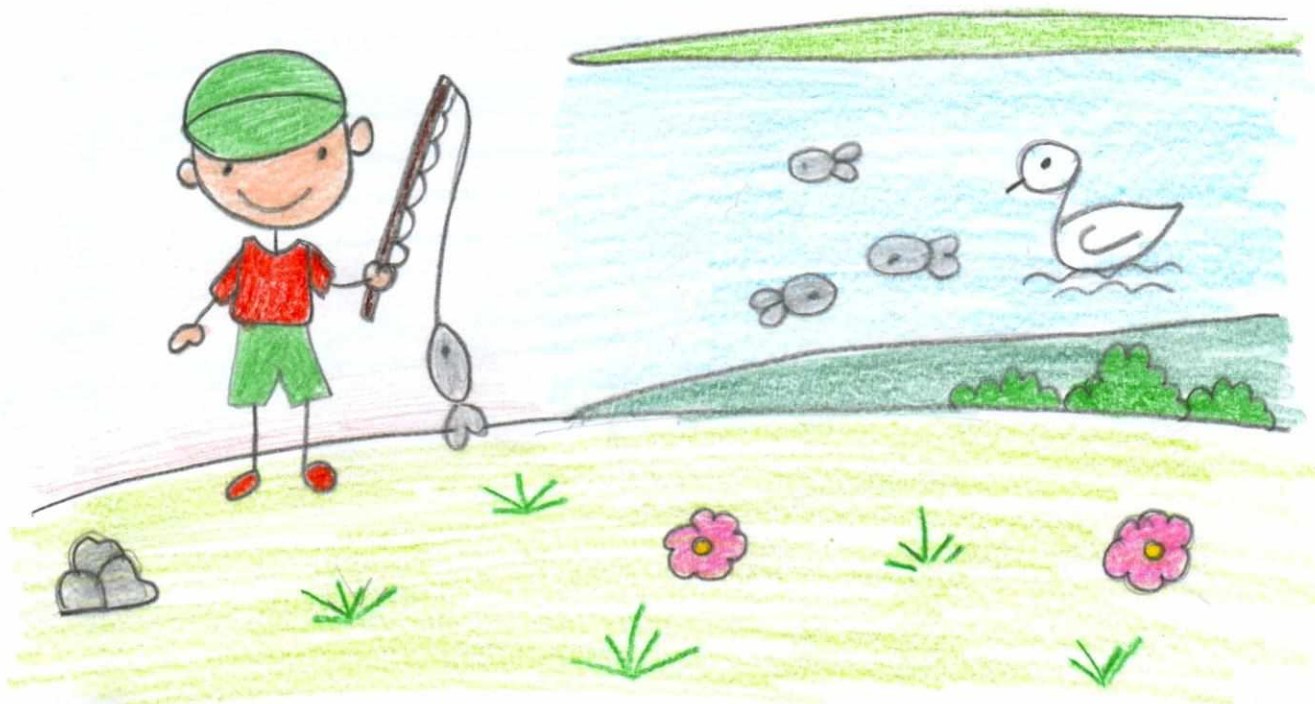
Mi abuelo



Todos los veranos, cuando terminaba el cole, nos íbamos a pasar las vacaciones a casa del abuelo Antonio. ¡Qué bien me la pasaba con él!



Recuerdo las tardes que mi abuelo me llevaba al río y allí pescábamos peces. Me hizo una caña con un palo y una cuerda. Le poníamos un gusano al final de la cuerda, los peces mordían el gusano y nosotros los cogíamos. ¡FUNCIONABA!



Todos los días nos íbamos al establo a dar de comer a los animales y sacarlos al prado. Me gustaba mucho jugar con ellos y darlos de comer. Mi abuela se reía cada vez que los pollitos venían detrás de mí a quitarme la comida.
¡Ja, ja, ja!



Cuando las vacas estaban pastando en el prado, mi abuelo me contaba historias de cuando él era pequeño: cómo vivían, a qué jugaban, los trabajos que hacían y lo mal que lo pasaban cuando tenían que ir a segar. ¡Pasaban mucho calor!



Recuerdo, que todas las noches antes de acostarme, mi abuelo me sentaba sobre sus piernas y me contaba un cuento, o dos. Mi favorito era «El pastorcillo mentiroso». Siempre siempre me la tenía que contar, aunque ya me hubiese contado otro.
¡Socorro, que viene el lobo!



Han pasado los años. Mi abuelito es muy mayor y ya no se acuerda de mí.

Ya no se acuerda de aquellas tardes cuando íbamos a pescar, o cuando sacábamos las vacas a pastar.

Ya no se acuerda de mi cuento favorito.

Pero no pasa nada. Yo sí me acuerdo. Y cuando voy a visitarlo, le cuento todo lo que hacíamos los veranos en el pueblo.

No me dice nada. Solo me mira. Yo le sonrío, y él me devuelve la sonrisa cuando le cuento el cuento que él contaba todas las noches y que tanto me gustaba: «El pastorcillo mentiroso»